

Canciones de mi ausencia

David Fernández Rivera

Vigo, España, 2005.

Biblioteca de *La Sombra*, 2

© Del texto: David Fernández Rivera

© Del prólogo: Ángel Padilla

Edición: *La sombra del membrillo*

www.lasombradelmembrillo.com

C/Arquitectos, 39, 28903

Getafe (España)

ÍNDICE

PRÓLOGO página 5

CANCIONES DE MI AUSENCIA página 7

- I La niña y la playa
- II Desterrada
- III Desconocida
- IV Prisionera
- V Enterrados en la orilla
- VI Luz
- VII Nostalgia
- VIII Amor
- IX Azahar
- X Recuerdos
- XI Martirios
- XII Luces
- XIII Cruces de plata
- XIV Mili
- XV Libertad

LA POESÍA DE DAVID FERNÁNDEZ RIVERA

David Fernández Rivera nos despierta del letargo de la realidad derramando sobre nuestros ojos otra de sus fantasmagorías poéticas: *Canciones de mi ausencia*. Este singular vate ya golpeó duramente nuestra concepción del mundo con *Sentimiento y luz*, esa bella obra compuesta de fotos y poemas en la que Fernández Rivera mostró que un poeta de verdad, un pura sangre del arte, puede encontrar motivo poético en cualquier contexto (en este caso, fotografías de la naturaleza).

Pero retrocedamos más en el tiempo, pues ya antes de la concepción de *Sentimiento y luz*, Fernández inquietó nuestras conciencias con su crepuscular poemario *Caminando entre brumas*, donde ya se traslucía a las claras, en un conjunto bien unido de poemas provenientes de varias etapas de creación, una voz poética de indudable valía e incuestionable originalidad. Y fue luego en *Sentimiento y luz* donde comenzó a consolidarse su elevado discurso poético, su originalísima manera de mostrar sus infiernos particulares, ya describiéndolos con el drama del verbo o ya elevando materialmente sus llamas de azufre mediante aspavientos hasta nuestra nariz para que contemplemos el rojo cielo en que él arde cada día; para, finalmente, en esta obra que ahora prologo, *Canciones de mi ausencia*, el poeta caminar a sus anchas llevándonos de la mano por su asentado y coherente mundo poético. Un mundo lleno de imágenes no sólo sorprendentes sino incluso desasosegantes. Quince poemas llenos de misterio y belleza que no dejarán indiferente a nadie, sobre todo a los entendidos en poesía o a los lectores habituales de este género, ya que, hemos de reconocer lo innegable, Fernández Rivera no es un poeta de mayorías, al menos en las obras gestadas hasta la fecha; sus poemas llegan al corazón, sí, al corazón de iniciados o eruditos en poesía y al de los profanos, pero por la vía del sentimiento, del inconsciente más abisal, no a través de la conciencia, tamiz que esquivan con gran agilidad las aves de sus versos para sumergir su terrible vuelo en el vasto aire del subconsciente, del sueño, de la maravilla, donde todo puede ocurrir (de hecho, donde todo ocurre: todos nuestros actos están guiados por un maestro de orquesta que habita en ese plano profundo y enigmático). Una vez allí, en esa oscuridad sin límites de la cósmica

mente humana, es donde germinan con facilidad las semillas de ese gran jardinero de belleza que es Fernández Rivera.

“La niña y la playa”, “Desconocida”, “Martirios”, “Mili”, poemas sencillamente excepcionales que harán las delicias de todos los lectores. Porque ¿quién puede negar la belleza a versos como “Los martillos volaban/con sus golpes/en la cárcel de mi pecho/ hasta humillar sus velas/en una maraña de escaleras/y corceles.”? Seamos justos: estamos presenciando el crecimiento de uno de los más grandes poetas de la actualidad.

Bienvenidos y adelante. Adéntrense sin miedo en el insólito y trascendente universo poético de David Fernández Rivera. Háganse ricos con las pepitas de oro que el vate les entrega desde el infinito río de su pecho, ya que él, poeta, profeta, mago, transfiguró o transubstanció el hielo o la piedra de su aflicción, o de su doloroso extrañamiento ante la vida, en oro poético.

Bienvenidos, pues, a la riqueza espiritual que aporta la gran poesía.

Ángel Padilla

CANCIONES DE MI AUSENCIA

I LA NIÑA Y LA PLAYA

Vestida con su lágrimas
llora la niña en la playa,
y ungida en su piel de rosas
ve muy lejos la mañana.
Luna la mira cavando
en su quimera de esclava,
los grises y duros senos
enlutados bajo el agua.
Sus ojos son un farol
y su ropaje, la calma.
-Niña, ¿por qué pudres tu hiedra
en la noche de esta playa?
-Mi sonrisa escupe sangre
y es el trabajo mi cama,
porque en mi jardín no nace
aquella niñez soñada.
-Niña, ¿por qué cortas tu luz
en el velo de esta espada?
-Siento el dolor de la muerte
y no hay brillo en mi mirada,
veo la voz de las sombras
y no, no es para ellas mi alma.
-Niña, un caballo blanco
trotará por esa playa.

II DESTERRADA

Desterrada,
entre los labios de cadenas
inclinan tus lazos
en los relojes de una tormenta
que viste con cristales
el embrujo de tu presidio.

Su garganta de hielo y anillos
muestra
una llama que,
coronada de adioses,
surca los mares al horizonte.

Desterrada...
Tus ojos acartonados
no ven más allá
de un trono de cuerdas,
espinas...
Y las sonrisas escarpadas
acarician tu vientre
con disparos de látigos y rubíes.

Suspiras
y ves un cielo de copas invertidas
en una sima de mordiscos
que eclosionan en tu boca,
desterrada...

Como desterrados son
los estallidos de jazmines
que brotaron
en la arena e tus pesadillas.

Desterrados, desterrados...

III DESCONOCIDA

Se derretía en mis versos
la magia de tu saliva
desde los anhelos tiritantes
de mi boca,
desconocida.

Me deseabas,
me deseabas en un discurrir de escaleras,
volcanes,
palomas de verde y melancolía...
Con cada pisada
amanecía un laurel
en los cabellos
de una galopante tarde de soles y vientres.

Al abrir la puerta acristalada
mis ojos se turbaron
en los dientes plomizos de una marcha mortuoria
que,
enjaezada de cirios,
tocaba tu cintura en mi sombra,
desconocida.

El féretro,
encarcelado en una lanzadera de fuego,
me despertó en la galería
hacia la luz
de la noche.
Una vez allí,
caí en el aliento de tu boca,
desconocida...

IV PRISIONERA

Amanecía la noche
en las sábanas
humedecidas por los turbiones
de tu alegoría.

Las cerraduras se inclinaban
a la muerte,
ardiendo en la torre
de tu olvido.

Te recordé en un lago de aves
y, sin embargo,
tu lienzo no me entregó sus destellos.

Es mediodía,
con la caída del sol
una navaja de golondrinas
cae al horizonte,
al albor de mi noche prisionera.

V ENTERRADOS EN LA ORILLA

Estallan dos trazos negros
en la llaga abierta
de una corona de disparos.

Naipes y espejos de crueldad;
sueño tocado de mariposas
con estocadas de laureles
en la dulzura de su espada.

Aunque la noche vea llantos,
veo a una muchacha
con un cinturón de sombras
en su boca,
en la mañana.

VI LUZ

Un tifón de navajas
muerde el deseo
del aliento empañado de triángulos,
de elipses blancas...

El negro
bebe el ajedrez al viento
y respira una lágrima
de sirena.

VII NOSTALGIA

Cada vez que se abren
en mi vientre
los pétalos dorados del pasado,
veo el silencio de los cielos,
las losas
que cosieron mi lengua con llaves
y mentiras.

Comienzo a llorar...

VIII AMOR

Muerto me llevan tus besos
desde las torres de Triana,
porque no ves como corre
mi sangre por ti, gitana.
Muerto me miran tus ojos
en las losas de Granada,
porque no miras el cielo
en mis ojos de esmeralda.
En tu orilla me quieres,
desde tu tierra me llamas,
mas yo no quiero las aguas
de vuestro río, gitana.
No, yo no puedo quererte,
paloma de mis pestañas.
Mi cielo no es tu noche
y mi espada no es tu daga.
No, yo no puedo quererte,
mis labios quieren la nada.
Siento la voz de otro mundo
y no es la tuya, gitana.
Muerto me llevan tus besos
desde las torres de Triana,
porque no ves como vuela
mi paloma enamorada.

IX AZAHAR.

A Manuel Casillas: tu sangre empapó mi recuerdo de un sueño andaluz. Contigo he aprendido que otra educación es posible.

Tu alma, mordida entre sombras,
teje lienzos de amargura,
telas de pies y nieve
en tus jazmines de luna.
Junto al corazón del viento
y su brisa taciturna,
dos lágrimas a la mar
apresaron tu alma muda.
Niña, lloras y no lloras
en las cadenas desnudas,
dientes de plata y miedo
en los besos de tu cuna.
No temas sol de mi noche,
de tu agua noble y profunda,
enjaezada de vida y recuerdos
siempre palpita y rezuma
un rayo de azahar...

X RECUERDOS

A Purificación García, por esos momentos inolvidables en nuestro rincón.

Oculté sus lazos
en los anillos punzantes
que rasgaron mi boca.

Los destellos
mordían el murmullo de mis ojos
sin ver la luz.

Suspiraban...
Maldecían y entregaban su vida
en las arenas nocturnas de mis turbiones.

Los martillos volaban
con sus golpes
en la cárcel de mi pecho
hasta humillar sus velas
en una maraña de escaleras
y corceles.

Veía su voz.
El lamento del galope
enmudecía
en los atardeceres de duermevela,
y yo buscaba el sueño.

Ahora,
atrapado en un laberinto
de palomas y suspiros,
te entregaste
a los espectros de mi soledad.

Y no te pude ver...

El perfume de mi noche
entierra
sus labios al recuerdo
y escucha
el sendero del amor.

XI MARTIRIOS

El dolor muerde la sombra
con sus labios de astillas.

¿Volará junto a la noche
nuestra quimera perdida?

Siento el crujir de la muerte
entre los andamios de ceniza,
veo un martirio de estrellas
sobre el cristal de mi vida.
Fui un costillar de sangre
en el cenit de la quilla,
una escultura de plata
sangrando melancolía.

¿Volará junto a la noche
nuestra quimera perdida?

Esqueletos sin cabeza
cavan con luz de mi herida
una noble cruz de fuego
en el mármol de la lira.

Volarán junto a la noche
auroras de pesadillas.

XII LUCES

Era noche.

En la luna acristalada
estallaban dos mares de cerámica
sobre el aliento helado de un galope.

Era noche...

Era noche y la savia salpicaba abanicos negros;
lloraba el resplandor, el espejo opaco.

Era noche...

La sangre era luna,
luz de cuchillos en vapor,
voz de la muerte,
soledad...

Se abrían dos ojos de astillas.

Luz.

Manantial.

Y era noche...

XIII CRUCES DE PLATA

A Juan Antonio Cardete: tu trabajo a favor de la poesía y de los jóvenes artistas ha marcado una página inolvidable.

Sobre tu cara de trueno
se desliza la mañana
recordando el recuerdo
de nuestras aves de plata.
Tu risa, luz de la noche
monta en la brisa dorada
de una alfaguara en el miedo
de tus lágrimas heladas.
Cien palomas de papel
bordan frías tus ascuas,
rasgan sus nobles quimeras
y cae el beso del alba.
Sobre tu cárcel de trueno
se derrite la mañana
recordando el recuerdo
de tus cruces de plata.

XIV MILI

Aunque las espinas turbien la sangre de tus sueños, el ave blanca no permitirá que tu voz eclusione en las ciénagas. Tu horizonte es el mío, el tuyo. Es azul, créeme, es azul...

No, no llores mi amor.

Los ardientes témpanos de la noche
tejieron junto al galope de tu sonrisa
una marea de yunques
en el cáliz de tu melancolía.

Entre los turbiones de lienzos rasgados
escuchas,
un vuelo de nieve,
Prisionera.

No, no llores mi amor.

En los lagos de tu pesadilla
danzan balaustradas de navajas y cerraduras
golpeándote
con gritos y campanadas
en el invierno de tu frente,
y te dejas caer...

Las hojas,
adornadas con tu sangre,
atenazan con fuerza
los botones primaverales
que cubren el ocaso de tus vientres.

El barbecho
se enjaeza y nutre con tus lágrimas...

No, no llores mi amor.

Mili,
el ave albina
al fuego de tus recuerdos
unirá el lazo de nuestras voces
en su alfaguara de luz.

Así,
vestida del clamor de tus tormentos,
recogerá una rosa
en el llanto de los caídos,
y posándola en tu boca
te dirá:

No, no llores mi amor.

XV LIBERTAD

No hay más herida
en nuestro vendaval de gargantas
que los alientos que,
creyéndose aves
en una montaña de cadenas,
cubren sus costados
en la condena de su libertad.

Este libro se publicó por primera vez
el 21 de septiembre de 2005.

Biblioteca de *La Sombra*.
La Sombra del Membrillo. 2005.
www.lasombradelmembrillo.com